

## Leer: el vicio y el contagio

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

**H**ay cosas que, sorprendentemente, los programas y las campañas de promoción y difusión de la lectura siguen sin saber muy bien, pero que entienden a la perfección los auténticos promotores de la lectura y, por ejemplo, las empresas tabacaleras fabricantes de cigarrillos. La lectura configura. Las adicciones, también. O, para decirlo, con atinadas palabras de Gabriel Zaid, “la lectura hace vicio, como fumar”.

Al igual que los mejores promotores de la lectura promueven el leer, los fabricantes de cigarrillos son promotores y vendedores del fumar, y saben muy bien de la eficacia que tiene el contagio, la adicción, el hábito o por lo menos la afición, cuya naturaleza, en todos los casos, reside básicamente en la emulación, en la influencia del medio y en el observar que hay un placer secreto del que no se participa (si no se es lector o si no se es fumador) cuando alguien se pierde gozosamente en las páginas de un libro o aspira con deleite el humo de un cigarrillo.

Aunque lo nieguen o aunque pretendan minimizarlo, las empresas tabacaleras no ignoran que la naturaleza de contagio en los vicios más difíciles de abandonar cuando se han adquirido y reafirmado, reside lo mismo en la sustancia que en el placer que se revive cada vez que se accede a ese disfrute. Lo sabe también la escritora uruguaya Cristina

### *Las prácticas sociales de lectura...*

Peri Rossi, quien en su libro *Cuando fumar era un placer* advierte que mientras hay placer, hay deseo y que, por tanto, no dejamos de fumar porque se haya terminado el placer, sino porque nos han convencido o nos hemos convencido de que se trata de un placer dañino.

Y respecto de las sustancias, son tantas y tan adictivas, en el caso del cigarrillo, que el organismo las exige en el momento mismo en que le faltan. Peri Rossi nos ilustra:

“De las cuatro mil sustancias que forman un cigarrillo, la más adictiva es la nicotina, y para reforzar el poder adictivo de la nicotina, los fabricantes le agregan amoníaco. Una vez inhalada a través de un pitillo, emplea aproximadamente una hora en ser eliminada, de modo que cuando ese periodo se cumple, el fumador siente la compulsión de volver a fumar, para suministrarle al cerebro (a las neuronas) una nueva dosis”.

Y la escritora uruguaya trae en su auxilio una cita del doctor Miguel de la Peña:

“Si no lo hace (es decir, si el fumador no se concede una nueva dosis), el sistema nervioso se encarga de reclamarla con intensidad creciente, hasta que la obsesión por dar una calada le impida pensar en otra cosa”.

Porque, concluye Peri Rossi, “la nicotina afecta fundamentalmente al sistema nervioso”.

Lo que no hallamos especialmente placentero, lo dejamos. Si el alcohol no nos llevase a un momento de placidez extática, nos conformaríamos con el agua, y esto sólo en el caso de tener sed. Aunque Antonio Machado nos diga que la imaginación pone mucho más en el coito humano que el mero contacto de los cuerpos, si el sexo no tuviese el indescriptible orgasmo, pronto nos aburriría su práctica, aun por mucha imaginación que se pusiera en su ejercicio. Lo mejor de todos los placeres no es su práctica en sí misma, cosa, por lo demás, que puede volverse rutinaria, sino la voluptuosidad, la satisfacción, la complacencia y el bienestar que nos dejan una y otra vez, aunque su esencia sea repetitiva.

Otra vez, Peri Rossi nos ilumina dicho aspecto respecto del hábito del cigarrillo:

“Yo podía, hasta cierto punto, dejar de fumar por unas horas, hasta un día entero, siempre y cuando tuviera la esperanza de fumar al día siguiente; pero si imaginaba mi vida en el futuro sin el cigarrillo, me parecía completamente insoportable”.

He ahí la naturaleza del vicio y la necesidad del placer. Fumar y leer se parecen de manera extraordinaria, precisamente, en su naturaleza, en el grado de placer que pueden producir y, sobre todo, en la forma de haber adquirido dicho vicio.

La gran investigadora francesa de la lectura Michèle Petit describe a la perfección los procesos de adquisición más sólidos de la lectura:

“A menudo, uno se dedica a la lectura porque ha visto a una persona amada sumergida en sus libros, inaccesible, y la lectura apareció como un medio para acercarse a ella y de apropiarse de su mundo, de sus cualidades, de su encanto, de su misterio. Uno se dedica a la lectura porque piensa que hay en los libros un secreto y lo va a buscar en un montón de libros —o en algunos— a lo largo de su vida. Notemos de paso que muchas personas que no leen creen también que hay en los libros un secreto del cual están excluidas, porque ninguna persona les ha abierto el camino, y para ellas esto es un sufrimiento. Entonces, la mejor manera de contagiar el hábito de leer, en medios donde leer no es un hecho natural, es multiplicar las oportunidades de mediaciones, de encuentros”.

El fumar y el leer se parecen, en su naturaleza viciosa, porque, en la mayoría de los casos, siempre hay alguien que nos inicia en ellos ya sea de manera directa o indirecta; ya sea que nos ofrezca nuestro primer cigarrillo o nuestro primer libro, o bien porque la influencia del medio nos brindó a cada momento la oportunidad de ver fumadores y lectores afanados deleitosamente en sus ocupaciones placenteras; a veces incluso ambas al mismo tiempo y con parecida pasión. No se equivoca Jorge Larrosa cuando, en uno de sus espléndidos ensayos contenidos en *La experiencia de la lectura*, advierte que

“considerados desde el punto de vista de sus efectos sobre la salud de los lectores, es como si los libros contuvieran poderosas sustancias inmateriales capaces de influir directamente en el alma de los que entran en contacto con ellas”.

Harold Bloom refiere que, cuando él era pequeño, sus hermanas mayores lo llevaron a la biblioteca y de este modo transformaron su vida. Al cabo de un tiempo encontró allí su propio camino. Y respecto de la falta de interés lector en una buena parte de la humanidad, nos ofrece la siguiente explicación que tiene que ver con la falta de invitaciones, incitaciones y oportunidades de adicción:

“A la hora de explicar por qué muchos niños (de todas las edades) ya no leen, o no consiguen interesarse por lo que leen, podemos acudir a muchas razones que nos dan la solución. La Edad de la Información pone énfasis en la pantalla —el cine, la televisión, el ordenador personal—, y el libro electrónico parece ser una alternativa al libro impreso. Mis alumnos de Yale, donde he dado clases durante casi medio siglo, tienen el mismo talento que sus predecesores, y sin embargo han leído menos. Los obstáculos a la lectura, hasta cierto punto, son simplemente una cuestión de modas, de que los padres no les den el ejemplo adecuado a sus hijos”.

Por otra parte, si en este mundo no hay más lectores que fumadores, ello se debe en gran medida a que fumar no exige ningún esfuerzo intelectual, mientras que leer nos pide siempre una participación que va más allá por supuesto de hacer movimientos de succión. Pero otra parte no tan pequeña de culpa en la existencia de esa minoría lectora, respecto de la mayoría fumadora, reside en la falta de multiplicación de las oportunidades de mediaciones y de encuentros con el libro. En las campañas de promoción de la lectura deberían ser tan importantes los libros y los demás impresos como las oportunidades que nos brinde el medio para leer a nuestras anchas.

En otras palabras, lo importante no es únicamente la sustancia, por muy adictiva que ésta sea, sino también las oportunidades de caer en tentación. Los fabricantes de cigarrillos siempre lo han sabido: ahí donde aún no se fuma, basta con multiplicar las oportunidades de mediaciones, de encuentros con el cigarrillo, y tendremos la más exacta definición de la adquisición de un hábito, de una adicción, de un vicio o, por lo menos, de una afición.

Por ello no dejan de ser incongruentes y absurdas, cuando no hipócritas y engañosas, las campañas de propaganda que realizan algunas

fábricas cigarreras para que, según su afirmación, los menores de edad no fumen, es decir no adquieran tempranamente este hábito. Los editores, los fabricantes de libros, al igual que los fabricantes de cigarrillos, saben perfectamente que no hay nada más efectivo para la adquisición de un hábito que la imitación, que el ver cómo se hace y el percibir el grado de placer que se obtiene.

Una empresa tabacalera mundial reconoce en un amplio desplegado público que el que fumen los menores es un problema y asegura a la letra: “Nadie quiere que los menores fumen, incluidos nosotros”. Y explica que a los programas diseñados para dificultar a los menores la compra de sus productos, se suman la educación y la conciencia respecto a los graves efectos del tabaco sobre la salud, incluyendo la adicción.

Cuando un fabricante de cigarrillos dice esto, no queda sino pensar que se trata de una broma o de darle la vuelta al sentimiento de culpa hasta convertir al responsable en víctima y al fumador en culpable, pues nadie puede conscientemente ignorar el poder de la emulación que tienen todos los placeres, más aun si son autodesprestigiados. Las famosas leyendas: “Fumar produce cáncer” o “Este producto es nocivo para su salud” han conseguido muchos menos renegados del cigarrillo, que lectores han obtenido las leyendas cultas “Leer es un placer” o “La lectura mejora tu vida”. La doble moral de las empresas cigarreras se vuelve más perversa cuando se pide a los padres que sean conscientes del papel que ellos pueden desempeñar para impedir que sus hijos menores fumen. El medio nos determina, y lo que se prohíbe, cuando se observa con cuánto placer lo disfruta quien lo prohíbe, incrementa nuestro deseo de imitación, no de abstinencia.

Se trata del más claro principio antipedagógico: “Yo, que soy mayor puedo hacerlo; tú, que eres menor, aún no puedes. Ya serás mayor, y entonces podrás hacerlo”. Si los fabricantes de cigarrillos están tan conscientes y tan preocupados de los graves efectos del tabaco sobre la salud, lo más sincero sería dejar de producirlos incluso para los adultos. Un niño que ve leer a sus padres, los imitará; lo mismo que un niño que los ve fumar, beber, robar, amarse, etcétera. En esto radica la naturaleza del ser humano.

Por lo demás, recientes investigaciones del Centro de Investigación para el Control del Tabaco de la Universidad de Stratchclyde, en Glasgow,

según reveló el periódico inglés *The Independent*, demuestran, con documentos (más de 14 mil páginas de evidencias), que los fabricantes de cigarrillos buscan, obviamente, nuevos consumidores entre la población más joven: desde que son adolescentes. No hay duda: fumar y leer se parecen salvo en la cantidad de medios que se utilizan para lograr sus propósitos.

En el espléndido *El libro de los venenos: Guía de drogas; las lícitas y las otras*, Antonio Escohotado, autor también de la magna e impresionante Historia general de las drogas, escribe:

“El tabaco, quizá la más adictiva de las drogas descubiertas, sigue tentado a quienes lo abandonaron lustros y décadas después, presto a devolver esa imperceptible sedación/estimulación ligada a una coreografía de gestos y pequeñas servidumbres (encendedor, cenicero, paquete, una mano inútil por ocupada) que llena los instantes vacíos de cada momento vivido”.

Refiere también este especialista que en 1953 un médico llamado A. Porot propuso distinguir las *grandes toxicomanías* (opio, marihuana, cocaína) y cierto número de *pequeños hábitos familiares* en relación con algunas sustancias inofensivas en su uso habitual (alcohol, tabaco, café, somníferos).

“Curiosamente —acota el autor de *El libro de los venenos*—, las sustancias llamadas ‘inofensivas’ y ‘creadoras de pequeños hábitos familiares’ causan miles de veces más muertes, lesiones y dependencias que las provocadoras de ‘grandes toxicomanías’.”

En el ámbito de la cultura no son pocos los especialistas, escritores, profesores, lectores, editores, etcétera, que aspiran a que el leer, como el fumar y el beber alcohol o café, se convierta si no en una adicción, que conduzca a una gran toxicomanía (o lectomanía), sí en un pequeño hábito familiar imposible de abandonar, como imposibles de abandonar son prácticamente (salvo por prescripción médica) el cigarrillo, la taza de café y la copa de alcohol.

Hay, por supuesto, un enorme grado de utopía en este deseo; un grado de utopía que a cada momento se estrella contra las rocas de la

realidad. La utopía, lo sabemos, es por literal definición etimológica, el no lugar, el lugar que no existe, y, para decirlo con la buena síntesis coloquial de don Guido Gómez de Silva, en su *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, el “plan halagüeño pero irrealizable”.

Con todo, el punto contradictoriamente realizable de la utopía lectora no reside en la desmesura de que todos y cada uno de los ciudadanos, sin excepción, nos volviésemos adictos al libro y a los demás materiales impresos (revistas, periódicos, historietas, etcétera), sino que viviéramos en una sociedad que fuese capaz de apreciar y necesitar estos objetos del mismo modo que aprecia y necesita el tabaco, el café, el alcohol y los somníferos. Mucho más utópico es creer que el mundo abandone su aprecio y necesidad por estas cuatro sustancias. Que leer sea un paraíso artificial para muchos más, sólo tiene posibilidades de realización si se deja de moralizar en la lectura y se le presenta como uno más (y no el menor, por cierto) de los múltiples placeres que nos ofrece la vida. Leer, como se fuma un cigarrillo, como se toma una taza de café, como se bebe una copa de alcohol; sin culpa y sin obligación.

El vicio de leer no se cura, sino que por el contrario tiende a incrementarse mientras más se lee. Es como el fumar: sólo es posible dejar una adicción si se la puede sustituir por otra. La única lectura posible difícil de abandonar es la que se propone como un vicio, como una droga y no como un deber. El poeta mexicano Jaime Sabines lo supo para el caso de la poesía:

“La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que le puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma”.

Cambie el lector, en esta definición sabiniana, el término específico de “poesía” por el más general de “lectura”, y tendrá la exacta, verdadera y verificable descripción del vicio de leer.

Y una cosa es segura: La inmensa mayoría de los fumadores, cuando se iniciaron, no fueron nunca obligados a succionar su primer cigarrillo, del mismo modo que la inmensa mayoría de la gran minoría lectora del mundo proviene de la emulación y no del deber. Todo aquel

que, cuando trataron de iniciarlo, padeció la obligación de un libro, es hoy, casi con seguridad, un no lector. Los vicios, las adicciones se dan por imitación.

## LA LECTURA COMO UN FIN

*La lectura como un fin o el fin de la lectura.* He aquí el dilema que enfrenta actualmente el libro y que no han podido resolver ni la escuela ni los programas desescolarizados para conseguir que haya, en el mundo, más lectores. Porque cuando se habla de lectura se le da un carácter tan sagrado al conocimiento que con ella se adquiere, y al objeto mismo que sirve para adquirir ese conocimiento, que el acto de leer no ha dejado de ser, en el mejor de los casos, un dominio escolástico y, en el peor, un poder eclesiástico.

A muchos teóricos de la lectura les da miedo aceptar, y por tanto, decirle a la gente que la lectura es un acto de felicidad más allá del conocimiento que pueda obtenerse de ella, y que el mejoramiento social puede ser imperceptible. Por otra parte, en las instituciones recreativas y culturales, los talleres de lectura son los menos solicitados, a diferencia de los de tejido, costura, guitarra, ajedrez, zapateado, judo, karate y tae kwon do. De ahí que suele concluirse que destinar un presupuesto al taller de lectura es absurdo. Mejor crear dos grupos de guitarra y dos de tejido, tres de zapateado y cuatro de karate.

Todo ello resulta lógico. Si hubiese talleres para fumar, beber y jugar dominó estarían seguramente abarrotados. Las instituciones organizadoras no se darían abasto, no alcanzaría el presupuesto y los informes estadísticos, para justificar el gasto, rebasarían siempre las metas. Lo lógico reside en el grado de placer que esas aficiones pueden proporcionar y que ha sido tan difícil de mostrar y de demostrar, en el caso del libro y la lectura, por los discursos y las acciones en su furor edificante. *Leer es placentero y puede ser excitante, como ningún deber lo es, aunque los adictos al deber digan lo contrario.*

Desde la primera mitad del siglo pasado, el escritor y educador irlandés C. S. Lewis (1898-1963) nos dio la respuesta a todo esto en una serie de espléndidas conferencias que luego fueron reunidas en un

libro *La abolición del hombre: Reflexiones sobre la educación*; un libro que los funcionarios, educadores y promotores de la lectura tendrían que leer para entender algunas cosas respecto de la finalidad del conocimiento, los actos y los hábitos.

Al igual que para Bacon, para Lewis el conocimiento no es un fin en sí mismo. Su verdadera función, sobre todo si representa un esfuerzo, es conseguir que quien lo obtiene sea más feliz. Pero, sobre todo, una cosa fundamental hay que añadir a todo esto: que *el conocimiento debe tener, siempre, un precio menor que el de la vida*. En otras palabras, que nunca deben sacrificarse el nivel y la calidad de la alegría ante la vida así sea por obtener conocimiento o, lo que es peor, simplemente información. Lewis es categórico y certero en su pensamiento pedagógico: No podemos seguir “viendo a través” de las cosas para siempre. El único sentido que puede tener el ver a través de algo es ver algo del otro lado.

Éste ha sido y es el problema fundamental de la cultura y, por ende, de la lectura, a lo largo de todos estos siglos en los que el libro se ha erigido, por definición, en el máximo transmisor de conocimientos. Creer que, a través de un discurso optimista y “motivacional” la gente se aficionará a leer, cuando detrás de ese discurso no se ve nada, es condenar al fracaso toda propuesta de compartir un hábito o una adicción. La lectura no se ve a través de los discursos, porque detrás de los discursos no se ve nada. Lo que tiene que verse es el libro mismo, la alegría misma de leer, gracias a que miramos la felicidad con la que leen los demás o el gusto con el que comparten esa alegría.

La doctrina del valor objetivo de las cosas (por ejemplo, la lectura de libros como premisa irrefutable de superación social y moral) no la podemos advertir sino por las cosas mismas, y por el grado de satisfacción que nos reportan esas cosas. El precio del dolor que se paga por el saber es un concepto tan dogmático como monacal y puritano. El conocimiento y la información no nos sirven en absoluto si nuestra pobre vida es insípida.

Por lo demás, cuando se habla en la actualidad, con mucha insistencia, del poder de la información, hay que tener mucho cuidado, pues ya el autor de *La abolición del hombre* nos advertía lo siguiente: “Lo que llamamos el poder del Hombre es, en realidad, el poder que algunos hombres poseen y del cual pueden, o no, beneficiarse otros”.

### *Las prácticas sociales de lectura...*

Y en cuanto a los discursos bienintencionados, tampoco hay que abrigar demasiadas esperanzas:

“Hay dos tipos de hombre a los que ofrecemos en vano falsos discursos sobre el patriotismo y el honor: uno es el cobarde; el otro, el hombre honorable y patriota”.

En resumidas cuentas, nada funciona mejor que el ejemplo.

### EL LECTOR COMO UN LIBERTINO

En el penúltimo capítulo de *Historia de O*, de Pauline Réage, leemos y releemos:

“O fue colocada en el sofá, sola, con uno de los amigos de Sir Stephen a su derecha y el otro a su izquierda, en sendos sillones, y Sir Stephen, enfrente... A la hora del café, cuando sirvieron los licores, Sir Stephen apartó la mesa y, después de levantar la falda de O para que sus amigos vieran cómo la había taladrado y marcado, la dejó con ellos”.

Al reflexionar sobre este pasaje, tenemos que coincidir con quienes comparan el goce del lector irredento con el placer más intenso del libertino, pues sólo éste es capaz, en el arrebató de sus pasiones, de compartir con otros el objeto amado.

Pocos placeres más profundos para un lector irredento que compartir los motivos de su pasión, y si no el libro en préstamo, para que los otros gocen también con ese mismo ejemplar, sí al menos la conversación sobre el tema, que, vehementemente, contagia, inocular, contra toda oposición sanitaria o puritana, a aquellos que sólo necesitaban una muy mínima provocación para participar en la orgía; esa “orgia perpetua”, según el feliz y exacto término de Gustave Flaubert.

A esa perversión se le llama lectura o relectura, importando más las intensidades que las cantidades, pues se pueden leer cinco libros diferentes de Balzac, pero del mismo modo puede releerse cinco veces *La piel de zapa* o *Eugenia Grandet*, y nadie podrá negar la fuerza de ese placer al que se ha vuelto una vez y otra vez mientras el deseo

exista y nos exija repetir ese goce que, como todos los goces, no admite postergaciones racionalistas o demasiado sensatas.

En el *Diario secreto*, seguramente apócrifo, de Pushkin, leemos:

“Así como una mujer puede llegar al orgasmo con cualquier hombre hábil y experto, así un libro se abre ante quien lo toma entre sus manos. Otorga el deleite de su conocimiento a cualquiera capaz de comprenderlo”.

A decir de este apócrifo pero extraordinario Pushkin su biblioteca es su harén, y al goce de leer los libros se añade el vigoroso placer de poseerlos:

“Miro los centenares de libros en mi despacho, y aunque sé que después de hojearlos la primera vez nunca más vuelvo a tocar la mayoría, no pienso deshacerme de mi biblioteca. ¿Qué tal si quiero leer este o aquel libro algún día. Continúo gastando hasta mi último centavo en adquirir libros nuevos y nuevas prostitutas. Comprar libros es en sí mismo un placer, muy diferente de la propia lectura. El examinar, oler, hojear una nueva edición representa en sí una felicidad muy particular. Los libros me dan la seguridad de que cuando los necesito siempre están ahí, accesibles en cualquier momento y a mi disposición”.

A tal grado llega el afán libertino de este lector que es capaz de afirmar que incluso un libro insulso le produce placer cuando lo abre por primera vez. Y como no busca ocultar su natural vocación contradictoria, dice asimismo sentirse atraído por un libro inteligente sin que le importe demasiado la belleza de su portada: el interior más que la superficie; el contenido, más que la apariencia.

Parece ser cierto, pues hasta el momento nadie ha probado lo contrario. Los discursos misioneros sobre la utilidad del libro han conseguido muchos menos lectores que el contagio de los afanes libertinos. Al mirar cómo gozan esos seres con un libro en las manos, los *voyeurs* acaban integrándose a la orgía para negar a partir de ese instante su única condición de simples mirones.

El español Xabier Puento Docampo, profesor, escritor, actor y director de teatro, quien estuvo en México en 2001, invitado por el Seminario Internacional de Lectura de la XXI Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, sentenció lo siguiente en su ponencia:

### *Las prácticas sociales de lectura...*

“La actividad animadora más fructífera que existe es ‘el hablar de los libros’. Nada crea mejores expectativas lectoras que escuchar a alguien que nos habla de un libro con pasión. El crear un ambiente en el cual se habla de libros sin ataduras academicistas es establecer unos cimientos sólidos en los que fundamentar la afición a la lectura. Tanto es así que, en lo que se refiere a despertar el deseo de leer, no existe técnica ni estrategia mejor”.

La lectura configura. Son pocos los que pueden resistirse al buen ejemplo del mal ejemplo. Casi sin excepción los fumadores y los bebedores aprendieron de sus padres, sus hermanos, sus maestros, sus amigos fumadores y dipsómanos. Y un día transmitieron sus goces (aunque también seguramente sus desdichas) a sus hijos y a muchos de los pertenecientes al medio de su influencia.

En esto consiste el contagio del virus de la lectura. Y todo lo demás es catecismo.

*Ciudad de México, 24 de noviembre de 2004*